

LA GUERRA DE TROYA (A)

I. EL COMIENZO

De entre las descendientes de Océano, Tetis era la más hermosa, porque era la espuma del mar, la que lame las playas, adorna la cresta de las olas y corona de plata los escollos cuando el mar embravecido los golpea. Tanta era su belleza que rivalizaba con las más hermosas diosas del Olimpo: la soberana Hera, la irresistible Afrodita y Atena, la de ojos glaucos. No era, pues, extraño que los dioses más poderosos desearan conseguir sus favores. Hasta Zeus, el rey de los dioses, quiso yacer con ella. Pero la diosa, desdeñosa, lo rechazó. Molesto Zeus, quiso castigar a la Tetis, y no encontró otro castigo más duro para una diosa tan altiva que casarla con un mortal: Peleo.



Tetis no amaba a Peleo, pero los designios de Zeus deben cumplirse inexorablemente. De modo que, pese a la resistencia de Tetis, se organizó el matrimonio que se celebró con una gran fiesta. Naturalmente, como ocurría en tales ocasiones, todos los dioses fueron invitados. Sin embargo, en aquel caso se cometió un terrible descuido: nadie invitó a Eris, la hija de Ares, la Discordia. Irritada por el olvido, Eris se presentó en la fiesta dispuesta a hacer honor a su nombre y a tomar venganza de tan cruel afrenta. En lo más animado del festín, Eris lanzó en medio de los asistentes una hermosa manzana dorada sobre la que había grabada una pequeña

inscripción: "Para la más hermosa". Inmediatamente, Afrodita se inclinó para recoger aquella fruta de oro que creía corresponderle como diosa del amor. Pero Hera, la hermana y esposa de Zeus y reina de los dioses, la reclamó para sí. También Atena, la diosa de los hermosos ojos glaucos, más discreta, sentía que tal regalo la tenía a ella como destinataria.



Como no había acuerdo entre las diosas y los invitados no supieron o no se atrevieron a dar un veredicto sobre tan peliaguda cuestión -pues nadie hubiera osado contrariar a ninguna de las tres diosas, sin duda, las más poderosas del Olimpo-, Zeus, siempre justo, llamó a Hermes, su mensajero, y le dio la orden de conducir a las tres a las proximidades de la lejana Troya, al monte Ida, donde Paris -hijo de Príamo y Hécuba, los reyes de la ciudad- pasaba su tiempo, pues estaba enamorado de una ninfa que habitaba tales parajes. Él decidiría la disputa suscitada por la odiosa Eris.

En efecto, allí aparecieron las tres diosas conducidas por Hermes ante Paris. Este sintió un gran temor, el que sienten los mortales en presencia de los dioses. Hermes lo tranquilizó y le informó de la tarea que Zeus le encomendaba: juzgar cuál de las tres

diosas le parecía la más bella. Pero eso no alivió al troyano, pues, verdaderamente, le resultaba imposible resolver el pleito, no solo porque las tres diosas eran extraordinariamente hermosas, sino porque sabía de las terribles consecuencias que tendría desairar a cualquiera de ellas. Por eso se limitó a callar.



y se limitó a ofrecerle el amor de la mujer más hermosa de Grecia y de todos los mortales, Helena, mujer de Menelao, rey de Esparta.

Y tan irresistible es Afrodita, tan extraordinario su poder, que Paris falló en favor de la diosa del amor y rechazó los dones ofrecidos por sus rivales con tal de conseguir los favores de la bella mortal Helena.

Animado por la promesa de la diosa, aunque advertido por su hermana Casandra de los funestos acontecimientos que ello acarrearía a Troya, Paris viajó hasta Esparta. El rey Menelao no estaba en la ciudad, pero antes de partir había dado instrucciones a Helena



para que colmara con los favores de la hospitalidad -como corresponde a un rey justo- a cuantos visitantes llegaran a la ciudad. De manera que Helena trató a Paris de acuerdo con lo prescrito por su esposo y agasajó a Paris lo mejor que supo. Entre banquetes y cacerías no tardó en encenderse en Helena la llama del amor que Afrodita había prometido a Paris. Y así, incluso abandonando a su pequeña hija Hermíone, huyó con Paris rumbo a Troya.



A su regreso Menelao tuvo noticias de la traición de su esposa y, encolerizado, pidió ayuda a los soberanos de los reinos vecinos a fin de vengar la afrenta y recuperar a Helena. Los reyes consideraron el hecho digno de formar un gran ejército y navegar hacia Troya para exigir a Paris la entrega de Helena a su legítimo esposo. Y así lo hicieron: una gran cantidad de barcos al frente de los cuales iba el poderoso Agamenón, rey de Micenas, desembarcó en las playas de Troya dispuesto a satisfacer la petición de Menelao.

Ulises, el más astuto de los griegos, aconsejó prudencia y trató de que la disputa se resolviera de manera pacífica. Así que, con Ulises y el propio Menelao al frente, los griegos enviaron una embajada al palacio real de Troya a fin de hablar con Paris para que les restituyeran a Helena. Sin embargo, Paris no estaba dispuesto a ceder. Pese a los sensatos consejos de sus compatriotas y a las amenazadoras palabras de los griegos, Paris se negó a entregar a su amante. La que sería larga guerra entre griegos y troyanos fue, así, inevitable.